

NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

RESEÑAS

John Coatsworth y Carlos Rico (coords.), **Imágenes de México en Estados Unidos**, México, FCE/Comisión sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos, 1989, 162 pp.

La compleja realidad del panorama mundial, posterior a las dos grandes guerras del siglo, creó la necesidad de construir un enfoque multidisciplinario que posibilitara el análisis de la sociedad internacional desde los diferentes ángulos del quehacer humano. Las Relaciones Internacionales han acudido desde su surgimiento, como quizá ninguna otra disciplina, a la metodología y técnicas de las ciencias sociales en su afán de lograr un mayor nivel de entendimiento de los procesos que pueden contribuir al desarrollo de la humanidad o que, por el contrario, la ponen en riesgo de extinción.

El estudio de las percepciones es un recurso utilizado recientemente por los científicos sociales para explicar diferentes actitudes del hombre. Si bien su surgimiento estuvo estrechamente ligado a la filosofía y su primera aplicación práctica a la psicología, es en el enfoque de las Relaciones Internacionales donde mayor acomodo ha tenido y donde mayores perspectivas ofrece. En este marco, la preocupación por las percepciones cobró una importancia mayúscula durante el clima de guerra fría, en el cual la búsqueda obsesiva de seguridad hacía que cada uno de los dos bloques en que se dividió ideológicamente el mundo buscara la forma de analizar al enemigo para anticipar cualquier posible ataque de su parte. Lo mismo servía para construir ciertos valores ideológicos legitimadores de sus respectivos sistemas políticos económicos.

Antes de seguir adelante es necesario esclarecer el concepto al que nos hemos venido refiriendo. El conocido psicólogo Ross Stagner define el percibir como un "proceso por el cual un individuo llega a estar consciente del medio que lo rodea"¹. Es el acto de aprehender una realidad, pero cuyo resultado es diferente a la realidad. El producto de la percepción son las **imágenes**: aquellas ideas del objeto percibido tamizadas por el entendimiento del sujeto percipiente. Por ende, la percepción es y no puede no ser sino un proceso subjetivo, sujeto necesariamente a errores de apreciación y, por lo tanto, susceptible de alterar-

se positiva o negativamente de acuerdo con los intereses de determinado grupo (social, político, religioso, etc.) o país.

En la actualidad, las imágenes juegan un papel muy importante en el proceso de toma de decisiones, en cuya conformación se involucran diversos grupos de interés como empresarios, sindicalistas, intelectuales, que rebasan el simple nivel de decisión gubernamental y que contribuyen a definir la política exterior. Por ello, cada vez más aumenta el interés de las naciones por proyectar una imagen de sí adecuada a los objetivos que persiguen en otras entidades nacionales. Incluso funcionan agencias profesionales de publicidad contratadas especialmente para mejorar la imagen de un país en otro.

Si así sucede con la generalidad de los países, con mayor razón con aquellos otros que como el nuestro mantienen un porcentaje sumamente elevado de sus intereses económicos concentrado con una sola nación, en este caso Estados Unidos. A esto hay que agregar los vínculos histórico-culturales que unen a una parte importante de la población estadounidense con México.

Se entiende, en esta perspectiva, la importancia del tema. No obstante, los estudios sobre Estados Unidos en nuestro país son escasos. Esto se hace evidente en diversas investigaciones al respecto, un ejemplo de ello son las conclusiones a las que llegó la Comisión sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos en su informe publicado simultáneamente por ambas partes con el título en español de **El desafío de la interdependencia: México y Estados Unidos** (FCE, 1988). Pero hay que agregar que los realizados en la nación vecina acerca de nuestra realidad tampoco son muy reconfortantes, aunque en este caso se avanza considerablemente en esa dirección.

Para contribuir a llenar esa laguna fue que se formó precisamente la mencionada Comisión en 1986. Ella misma es un ejemplo de la reciente revitalización de que ha sido objeto el análisis de ambas naciones. Pero es importante hacer notar que estos esfuerzos se enmarcan dentro de un novedoso enfoque bilateral

¹. Ross Stagner, "La psicología del conflicto humano", en Elton B. Mcneil, *La naturaleza del conflicto humano*, México, FCE, 1975, p. 70.

que proporciona perspectivas desde ambos márgenes del río Bravo. Esta nueva característica es particularmente importante y constituye a mi juicio su máxima cualidad. Pero constituye también el defecto más notable del libro *Imágenes de México en Estados Unidos*, primer número de la serie "Retos de las relaciones entre México y Estados Unidos", que fue planeada como la continuación de aquella iniciativa que dio origen al informe de la Comisión arriba aludido, y que pretende contribuir a un mejor entendimiento entre nuestros países.

Aclaremos: de los cinco volúmenes que integran la colección éste es el único diseñado bajo un concepto unilateral; si en los otros la participación de expertos de ambos países está más o menos equilibrada, en el que se comenta no sucede así. Luego entonces se trata de un conjunto de ensayos que nos ilustra sobre la manera como nos ven nuestros vecinos, pero que nos deja en ayunas sobre la perspectiva opuesta. Ignoro si la citada Comisión publicó paralelamente en Estados Unidos un libro referente a las *imágenes de Estados Unidos en México*, o si debido a la asimetría en la relación bilateral los comisionados de aquel país no consideraron importante llevarlo al cabo.

En el primer escrito, intitulado "Percepciones estadounidenses sobre las relaciones entre México y Estados Unidos", Christine E. Contee, directora de Relaciones Públicas del Overseas Development Council, retoma un estudio realizado por esa importante institución "sobre la opinión pública y las actitudes de Estados Unidos hacia los países en desarrollo".

De entrada, el trabajo tiene dos limitantes. Por un lado —lo advierte la misma autora—, el estudio en que se basa Contee no fue diseñado específicamente para investigar las actitudes estadounidenses acerca de México, sino del horizonte más amplio de los países del Tercer Mundo; por el otro, el que la encuesta se haya efectuado entre abril y mayo de 1986 y el libro que comentamos haya aparecido a finales de 1989. En un terreno por antonomasia inasible, como lo es sin duda el de las relaciones internacionales, esa tardanza reduce considerablemente el valor y el sentido de la oportunidad que investigaciones de esta naturaleza deben de tener. Mencionemos sólo un ejemplo: durante 1989 y 1990 el tráfico de drogas despuntó como el tema más candente de la relación entre Estados Unidos y los países del Tercer Mundo, sin embargo para los encuestados no mereció un sólo voto al preguntárseles (abril de 1986) cuáles eran los temas más importantes en la agenda de política exterior de Estados Unidos. La historia avanza y las realidades fluyen y se desvanecen.

Por lo demás, el trabajo de Contee es sumamente interesante. En él podemos darnos cuenta del profundo desconocimiento que sobre la realidad mexicana existe entre la población estadounidense, resultado

principalmente de la escasa cobertura que otorgan a nuestro país las grandes cadenas informativas de Estados Unidos. Por otra parte, es evidente que tratándose de la primera potencia del mundo capitalista, la suya sea una sociedad basada fuertemente en un etnocentrismo que lleva a la población a dar una prioridad mayor al bienestar nacional que a los problemas de política exterior. Del artículo que comentamos podemos desprender, en esta tesitura, que el estadounidense promedio se preocupa antes que nada en aquello que mediata o inmediatamente puede afectarle y da poca atención a los problemas exógenos que considera inciden poco en su vida, aunque a la larga puedan perjudicarlo. Así, los encuestados consideraron más importante la migración de mexicanos hacia Estados Unidos que la crisis de la deuda en ese país (con 13 puntos de diferencia).

No menos interesante es el artículo "México en los medios de comunicación estadounidenses, 1979-1986. Implicaciones para la relación bilateral", de John Bailey. El profesor de la Universidad de Georgetown parte de la premisa de que en una era de política de masas las *imágenes* que los ciudadanos de diferentes países tienen unos de otros conforman ciertas "predisposiciones dinámicas" que pueden zanjar caminos a la cooperación internacional u obstaculizarlos según éstas sean positivas o negativas. Para demostrarla, Bailey rastrea la presencia mexicana en los *mass media* estadounidenses, particularmente en los diarios *The New York Times* y *Washington Post*, y en las emisoras ABC, NBC y CBS, durante el período aludido. El autor señala que conforme el proceso de interrelación entre ambos países se intensifica los puntos de conflicto irán aumentando a la par. Así sucedió que entre 1945-1970, cuando Estados Unidos estaba ocupado en resolver diversos conflictos surgidos de la posguerra, el clima de la relación fuera de aparente calma, pero cuando el proceso de distensión cedió el paso a otras preocupaciones y el interés por México cobró mayor importancia, las desavenencias en la relación bilateral no se hicieron esperar. Nuestro país comenzó a resentir, entonces, una imagen negativa proyectada por las grandes cadenas informativas estadounidenses.

El resultado de todo esto es, a su juicio, que los medios masivos de comunicación "han hecho mucho por levantar el peso de México en la agenda de Estados Unidos, al mismo tiempo han hecho poco por informar al público".

Hace un par de años un conocido periodista escribió, en un libro destinado a ser polémico, que el mexicano "es feroz al juzgarse a sí mismo, pero toma los cuestionamientos de los extranjeros como si fueran ataques contra sus defensas"². Algunas de las reco-

² Alan Riding, *Vecinos distantes. Un retrato de los mexicanos*, México, Joaquín Mortiz / Planeta, 1985, p. 12.

mendaciones del profesor Bailey estarían en este caso. Por ejemplo, considera que la idea ampliamente difundida entre algunos círculos de analistas internacionales y del gobierno mexicanos en cuanto a una campaña de desprestigio instrumentada por grupos allegados a la Casa Blanca, carece de fundamento. Esta aseveración, que por sí sola es legítima, provocará un alud de opiniones encontradas por las recomendaciones que la siguen, veamos:

Si bien los diversos medios de comunicación parecen actuar al unísono, las quejas acerca de campañas noticiosas diseñadas con el propósito de desestabilizar a México son tan erróneas como peligrosas. Son erróneas porque los medios de comunicación en Estados Unidos operan con su propia lógica interna, con una independencia considerable —aunque no total— de las otras fuerzas. Más aún, las quejas acerca de una conspiración son peligrosas porque refuerzan un comportamiento negativo que puede empeorar la relación bilateral de manera por demás innecesaria...

Más aceptable —sin duda— es su señalamiento de que los mexicanos aprovechemos precisamente esa situación de los medios para influir en ellos.

Un trabajo valiente y certero, el de Bailey es también, en ciertas líneas, poco riguroso. Sólo así es comprensible su siguiente afirmación: "Aunque no conozco ningún estudio específico, me atrevo a pensar que Estados Unidos recibe en los medios informativos de México un trato más negativo que el que recibe México en Estados Unidos". Inmediatamente Bailey duda, y agrega: "Las estaciones de televisión operadas por Televisa probablemente proyectan una visión más favorable de Estados Unidos". En efecto, tan cierto es esto último que resulta bastante conocida la gran incidencia que tienen sobre la población mexicana los programas y noticiarios de la cadena privada de televisión por sobre la estatal.³ Afirmaciones como las anteriores reflejan un desconocimiento de la realidad de nuestro país y van en demérito de la objetividad que este tipo de escritos deben de tener para explicar —y no caer en el juego de— las imágenes. Curiosamente, éste es un ejemplo de cómo las imágenes pueden llevar a falsear la realidad.

La segunda parte del libro está integrada por dos artículos que analizan las *fuentes* de la opinión pública estadounidense. En el primero, Carlos E. Cortés

³ Para citar un ejemplo, una encuesta de la *Revista Mexicana de Comunicación* de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, realizada en la ciudad de México, reveló que: "son los noticiarios de la televisión privada los que obtienen el más alto índice de preferencia: *24 Horas* (11%); *Eco* (9%); y *Muchas noticias* (5%). Con notable distancia la preferencia para la televisión estatal, Sistema Nacional de Noticiarios-Imevisión, apunta un porcentaje del dos por ciento". Cit. por Miguel Ángel Granados Chapa, *La Jornada*, 5 de septiembre de 1989.

realiza un interesantísimo estudio del tratamiento que ha recibido México en la industria cinematográfica de aquel país, en "Cómo ver al vecino: el libro de texto hollywoodense sobre México". Basta un simple recorrido por los contenidos de algunas películas para darnos cuenta de que para ellos su vecino sureño es sólo un estereotipo. Vemos así un general Pershing que derrota a Villa en magnífica batalla en 1917 (*They Came to Cordura*); o un hecho insólito: los soldados de la Unión y de la Confederación —enfrascados en cruentas luchas durante la Guerra de Secesión— se olvidan de sus diferencias para venir a México y derrotar a los franceses invasores (*Major Dundee*, 1964); o aprendemos (en *Guns of the Magnificent Seven*, 1968) que un chico llamado Emiliano Zapata se inspiró en el comportamiento de un grupo de estadounidenses para dedicarse por completo a mejorar la vida de los mexicanos pobres, etcétera.

El profesor de Historia de la Universidad de California-Riverside apunta que la imagen cinematográfica mexicana ha sido la mayoría de las veces el pretexto para la demostración de la superioridad de Estados Unidos, así como "un escenario en el que los norteamericanos representan sus 'moralidades'". Pero también constituye, y esto hay que resaltarlo, la única forma de aproximación a la realidad mexicana para millones de estadounidenses. La anterior observación debe ser tomada muy en cuenta por el gobierno de México en el diseño de su política cinematográfica, como una manera —quizá la mejor— de contrarrestar las imágenes negativas comunes al cine norteamericano. Sólo así cobra plenitud el libro que comentamos: recomendar líneas de acción a los gobiernos de ambos países para lograr un mejor entendimiento.

En el mismo tenor, el director del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Wisconsin, Gerald Greenfield, revela en "México en las escuelas primarias y secundarias de Estados Unidos" el poco espacio que se le dedica a esa nación en los libros de texto de ambos niveles, señalando que la preponderancia de la civilización occidental en los planes de estudio estadounidenses lleva a que nuestro país exista únicamente como consecuencia de la acción de Europa y de Estados Unidos. En esta visión, fuera de la grandeza de los imperios azteca y maya o de la invasión francesa, la primera guerra mundial y otros episodios permeados por la Doctrina Monroe, México ha tenido poca repercusión e importancia en el panorama mundial.

Ponemos punto final a estos comentarios con una de las conclusiones de Greenfield que debe obligar a la reflexión y acción inmediatas: "La experiencia mexicana resulta así, en el mejor de los casos, reflejo de preocupaciones mayores de Estados Unidos y, en el peor, como la historia de una nación débil y corrupta

que en una época intentó impedir el expansionismo estadounidense, en otra expropió propiedades de esta nacionalidad y ahora exporta sus problemas a Estados Unidos''.

Fernando Tapia Jardón